

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN GESTACION

Jorge Costadoat

*Profesor de Teología Dogmática
P.U.C., Santiago - Chile*

Los testimonios son impresionantes. Nos narran experiencias de incursión en el mundo de los despojados, de los indígenas, de los extranjeros, de los trabajadores, de las organizaciones y de las luchas sindicales y políticas; relatan la vida común y corriente, pero vivida con radicalidad evangélica. Se trata de experiencias cristianas límites que nos ponen en contacto con el origen de la fe cristiana y la novedad extraordinaria del Dios de los pobres.

Tradición y la innovación

Ninguna de estas experiencias ha surgido de la nada. Ellas se explican al interior de la tradición espiritual cristiana, pero además la recrean. No puede pasarse por alto que representan una interpretación ignaciana del Evangelio. En estos relatos domina la fuerza extraordinaria de la Encarnación que arrastra a las personas a una solidaridad cada vez mayor con los pobres. Es la “kénosis” de cristianos que comparten la vida de los últimos, que se pierden entre ellos, que corren sus riesgos, que sufren el desprecio social o lamentan su muerte injusta, y que no tienen asegurado el triunfo sino en el reino prometido. Encarnación, “kénosis”, inserción en la fábrica, el basural, la selva, los suburbios..., bajo la inspiración certera de Ignacio “peregrino” que, por imitar al Señor, también quiso compartir la suerte de los pobres y plasmó unos Ejercicios Espirituales para que otros, con el Hijo, participaran en el despojo que redime al “género humano”.

La espiritualidad ignaciana suministra en estos casos instrumentos de lectura del Evangelio. Los Ejercicios son la matriz fundamental incluso de experiencias nuevas que se

intentan. Ellos soterráneamente urgen una integración de contemplación y acción, de fe y vida, de fe y justicia. Los Ejercicios han adiestrado los ojos de la fe para “ver y sentir” a Dios en los acontecimientos, en las personas, en los pequeños, y también para reconocer el pecado social. La experiencia ignaciana de la Storta hace reconocer a un jesuita la voz de Dios: “yo te seré propicio en la Amazonia”. Arrupe recuerda a otro: “todos por los pobres, muchos con los pobres, algunos como los pobres”.

Pero aún cuando estas experiencias son impulsadas y vividas al interior de una tradición espiritual determinada, son irreductiblemente nuevas, originales, innovadoras. El Espíritu que las suscita es inagotable, inspira nuevas formas de cristianismo. Todo lo cual exige relativizar los

*Encarnación, “kénosis”,
inserción en la fábrica,
el basural, la selva,
los suburbios...*

caminos conocidos para aventurarse por senderos vírgenes. En todos estos casos la ignorancia o la incomprensión ha sido un punto de partida obligado. A veces las personas son asaltadas por una pregunta: “¿Qué ha pasado Señor?”, “¿por qué este mundo es así, mi Dios, tan desigual...?”, “¿por qué los hombres no viven su fe de un modo más ostensible?”.

La respuesta a estas preguntas ha significado en las personas una crisis o, mejor dicho, un acto de fe estricta: iniciar una peregrinación en busca del Señor que unos calificarán de sospechosa, de extraña, de descabellada y que por cierto será muchas veces peligrosa, hecha de pruebas y de errores, de fracasos y de reprobaciones. Es que la experiencia cristiana auténtica no agota nunca el Misterio, habita el tiempo escatológico y no escapan a episodios apocalípticos. El cristiano vive de una esperanza que para el mundo empecatado es una ilusión, pero que lo enjuicia e irrita.

La lealtad al Evangelio se juega en la creatividad. Los que custodian el mensaje de Jesús en el corazón van solos, dejan la patria, atraviesan fronteras... Para inventar el reino que han descubierto, comprenden de un modo original la providencia de Dios, rescatan aspectos olvidados de Jesucristo, son especialmente dóciles al Espíritu, y así reinventan la Iglesia y proclaman el reino.

Dimensiones teológicas de una aventura evangélica

El mar de fondo de las experiencias cristianas en comento lo constituye *una confianza básica en Dios* y en su providencia. Difícilmente alguien se lanzaría a lo desconocido si no supiera que Dios lo acompañará en este viaje. Este el caso de personas que creen que Dios los sostendrá en una aventura que, por contagiarlos con los perdedores de siempre, los puede arrastrar a su desgracia. Se atreven, abandonan seguridades, se convierten en extranjeros porque saben que Él es el Dios de los extranjeros. Este Dios despierta en los cristianos “el lado extranjero” adormecido por esa fe institucionalizada que anestesia a muchos. Tales experiencias no serían posibles si no fuera el mismo Dios quien, con una fuerza irresistible, atrae hacia sus preferidos, hacia los más pobres, hacia los que no tienen un techo ni un terreno. El cristiano que alguna vez conoció verdaderamente al Dios de los pobres no lo volverá a encontrar sino yendo a los pobres, empobreciendo y enriqueciendo con ellos. La medida del Misterio de Dios es un viaje que no acaba nunca al lugar donde viven los que están en tránsito a la patria prometida.

El camino, empero, no es absolutamente nuevo. *Jesús hizo el camino*. Él es el camino a esa tierra nueva que esperan los desheredados del mundo. La experiencia cristiana de Dios es orientada interiormente por un Cristo itinerante que va “de aldea en aldea” predicando el reino y curando enfermedades y dolencias. Un Jesús peregrino “lleva más allá de las fronteras”. Un Cristo despojado, en viaje incesante a sus prójimos, teje entre ellos relaciones de amor. Un Cristo resucitado atraviesa todos los muros que los hombres han levantado para asegurar privilegios y oprimirse unos a otros. El cristiano, como otro Cristo, trasgrede los cánones de la religión y de las costumbres, ¡se hace ordenar sacerdote en un basural!, cuando está en juego la identificación real de Dios con los más despreciados de todos. Jesús “pobre y humilde”, en la misma medida que impulsa un acercamiento a los pobres y humildes y una lucha social por la justicia, precave a los cristianos de la tentación del poder de la que tampoco se libran los trabajadores sociales que, a través de grandes iniciativas e instituciones, sueñan cambiar el mundo, pero eximiéndose de ser verdaderamente tocados por las víctimas. En estas hay una sabiduría que el cristiano debe adquirir. Es la sabiduría de la cruz, la ciencia del Cristo que por nosotros se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Los testimonios recogidos nos hablan de una inspiración fundamentalmente evangélica, de

un amor entrañable por los pobres, de un aprendizaje insospechado para los sabios consagrados, de unos vínculos humanos imposibles de clasificar y, sin embargo, reales como el acero.

Esta configuración a Cristo no es automática, sino *pneumatológica*. Como en el caso de Jesús, predomina en el cristiano la búsqueda de la voluntad de Dios. El desapego a bienes y lugares es la cara austera de una disponibilidad fundamental a lo que Dios quiera. Así son los hijos del Espíritu que sopla a su antojo y que no sabemos dónde nos llevará (cf. Jn 3,8). El cristiano que explora el mundo de los pobres es exigido como nadie a vivir atento a la voz del Espíritu, discerniendo esta entre varias voces que lo tironean en otras direcciones. Ha de discernir las tentaciones del activismo, del voluntarismo, del perfeccionismo, de la acción irreflexiva, de la postura de moda, de las presiones provenientes de los que quieren instrumentalizarlo y, la peor de todas, esta de querer cambiar el mundo para no cambiar él mismo. Ha de vivir en vigilia, atendiendo a los hechos y a las personas para captar la presencia de Dios en el momento y lugar menos pensado. El Espíritu le ayudará a volver sobre sus pasos, a evaluar una y otra vez acciones grandes y pequeñas ejecutadas por tanteo. Así, conociendo en sí mismo la lucha final entre Cristo y el demonio aprende el cristiano a desenmascarar los pecados de una sociedad egoísta e injusta.

En estos casos de cristianismo social lo que de hecho resalta como más típico es el arrojo. El Espíritu lanza a los cristianos a tomar decisiones, a una acción, a adentrarse en mundos ignotos, a correr peligros y a sufrir las consecuencias del seguimiento de Cristo en pobreza. De tanto traspasar lo conocido, después de muchos e intensos encuentros con “los otros”, el cristiano imagina una “espiritualidad cosmopolita”. Algo así como una comunión entre personas cultural y religiosamente muy distintas que, porque son capaces de amarse y alegrarse juntas, anticipan un mundo realmente alternativo, un mundo “desde abajo”, un mundo al revés. En estas formas de comunidad estables o esporádicas, pequeña como una familia o extensa como una institución itinerante, unos aprenden de otros y todos importan con su nombre y apellido. El Espíritu que impulsa a ir al prójimo y a acogerlo en su diferencia, recompensa a los que cruzan a la otra orilla con una comunión nunca antes vivida.

Al principio y al final de todo este proceso está presente *la Iglesia como una realidad “in fieri”*. La soledad que el descenso y el despojo acarrea al cristiano es acogida y compartida en una comunidad CVX, jesuita,

interconfesional o interreligiosa. Sea que envíe, sea que reciba, allí ha estado la Iglesia a la medida humana justa para sentirse acompañados y saberse amigos. Las fronteras de esta Iglesia se desdibujan para expresar precisamente que su misterio no es otro que el Misterio de un Dios que busca la unidad de todas sus criaturas. Un cristiano y un musulmán pueden leer juntos la Biblia y el Corán. Pueden incluso rezar juntos, porque la Iglesia se debe a un reino que se espera, aunque ya está presente en estos experimentos. No extraña, por tanto, que estas comunidades que reúnen y unen a los pequeños y distintos, sean lugares en los que predomine la vida en plena efervescencia. Allí se constituyen espacios de contemplación y de acción, de contemplación y de reflexión, pues la experiencia compartida necesita ser elevada a concepto para encausar y custodiar la vida que genera. La misma fe demanda una actividad intelectual para pensar lo nuevo. Pues el acervo teológico tradicional o los canales eclesiales institucionales no bastan. Un alejamiento, una cierta liberación de los moldes conocidos es imprescindible si se quieren recrear nuevas modalidades de la misma Iglesia. El proceso puede ser doloroso respecto de la jerarquía, pero también cuando exige a los jesuitas, por ejemplo, desapropiarse de un proyecto que no puede sino ser ejecutado mediante una estrecha colaboración con los demás.

El Espíritu lanza a los cristianos a tomar decisiones, a una acción, a adentrarse en mundos ignotos, a correr peligros y a sufrir las consecuencias del seguimiento de Cristo en pobreza

La opción por los pobres tiene en última instancia *una motivación liberadora y misionera*. El cristiano prefiere a los pobres y empobrece con ellos, para sacarlos de la pobreza que los oprime. La solidaridad con ellos no estriba solo en compartir su desgracia. Normalmente habrá que luchar contra la injusticia que genera miseria o aliviar los sufrimientos innumerables de las víctimas. Pero tan importante o más que lo anterior, será liberar en el pobre su capacidad de evangelizarnos. Él es el sujeto por antonomasia del Evangelio. El pobre sabe de la vida y de Dios más que nadie. Mientras su protagonismo no cuente, su liberación pero también la de sus “liberadores” estará pendiente.

Es así que el encuentro real con el pobre como persona humana preferida de Dios tiene una fuerza misionera extraordinaria. Los vínculos evangélicos que se generan en torno a los pobres anuncian el reino al que Jesús consagró su vida. Nos hablan de modos de relación humana nuevos que cuestionan roles muy definidos. En el encuentro con los destinatarios del Evangelio los cristianos “aggiornan” su identidad más profunda, pues yendo a ellos como misioneros resultan por ellos misionados.